

CAPITULO XLI.

Pánfilo de Narvaez va contra Cortés.—Motezuma ofrece á este su ayuda.—Negociaciones para evitar un rompimiento.—Niégase á todo Narvaez.—Pedro de Alvarado se queda en Méjico guardando al Emperador mientras Cortés marcha á Zempoala.—Derrota de Narvaez.—Los soldados de este se unen á Cortés.—Regreso á Méjico.—Muerte de Motezuma.

Dicen algunos historiadores que Motezuma, recelando que Cortés no accediese á su demanda y persistiese en permanecer en Méjico, tenia dispuestos cincuenta mil hombres para obligarle á marcharse, lo cual no nos parece dudoso, puesto que desde el momento en que adoptó la resolución de despedirle, debía estar prevenido para cuanto suceder pudiera.

Pero fuese de ello lo que quisiera, Cortés supo eludir el compromiso en que se hallaba, tomándose bastante tiempo, merced á la construcción de los buques necesarios para su transporte y juzgando que durante él, podría recibir noticias de España, donde, como ya hemos dicho, estaban sus enviados.

Creyó Cortés haber conjurado aquel peligro, cuando de otro sumamente grave tuvo noticia al poco tiempo por medio de Motezuma.

Mandóle este llamar, y le dijo que, según las nuevas que acababan de enviarse sus gobernadores, habíanse visto en las costas de Ulúa diez y ocho buques españoles, cuyos dibujos le enviaban, según la costumbre que tenían, y siendo esto así, y siendo compatriotas suyos, no tenia necesidad para salir de Méjico de la construcción de los nuevos que había indicado.

Pensativo y en grave cuidado puso al animoso caudillo semejante noticia, máxime, cuando al poco tiempo y por medio de Gonzalo de Sandoval, gobernador de Vera-Cruz, supo que aquellos buques eran enviados por Velazquez, el gobernador de Cuba, que en ellos iban ochocientos hombres bajo el mando de Pánfilo de Narvaez, y que este tenia orden de prender á Cortés y llevarle á Cuba.

Durante algún tiempo procuró Cortés disimular con Motezuma y sus magnates lo que pasaba en su corazón, no descuidando por esto tomar sus disposiciones para combatir á aquel nuevo y poderoso enemigo, encargando al Senado de Tlascala que le tuviese dispuestos seis mil hombres y otros dos mil al cacique de Chinantla, á la par que procuraba, por medio de enviados diestros, llegar á una avenencia con Pánfilo de Narvaez.

Mas este se opuso á todo; con una dureza extraordinaria rechazó todas las embajadas, poniendo finalmente á Cortés en el caso de dejar confiada á Pedro de Alvarado la custodia del Emperador y del tesoro que había reunido, marchando él con el resto de la fuerza al encuentro de su contrario, que había penetrado en la provincia de Zempoala.

Los enviados de Cortés al campo de Narvaez, si bien de este no habían podido alcanzar nada, prepararon de tal manera el terreno con los soldados y algunos de sus oficiales, que todos se hallaban en las mejores disposiciones respecto á aquel.

Tampoco dió resultado otra tentativa de avenencia de que se encargó fray Bartolomé de Olmedo, y Cortés aprovechando diestramente la negligencia y la confianza de su contrario, la oscuridad de una noche tempestuosa y el ardor de su gente, lanzóse sobre la villa en que Narvaez y los suyos se habían guarecido de la tempestad, consiguiendo una victoria completa, quedando este herido y unidos á la hueste del primero la mayoría de sus soldados.

Mas de mil pudo reunir Cortés, merced á este acontecimiento, mas no pareciéndole prudente regresar á Méjico con tan gran número para no escitar los celos de Motezuma, ordenó á Juan Velazquez de Leon, que con doscientos se dirigiese á la provincia de Panuco, á pacificarla, y á Diego de Ordor, que con otros doscientos se encaminara á poblar el distrito de Guazacoalco, reservando para que le acompañaran unos seiscientos.

Preparándose estaba para regresar cuando recibió un mensaje de Alvarado, pidiéndole que acudiese inmediatamente en su socorro, pues estaba siendo atacado por los mejicanos sin que los esfuerzos que Motezuma hacía para impedirlo fueran suficientes.

Semejante noticia obligóle á no desmembrar sus fuerzas, y reunidas todas, dejando para mas adelante aquellas expediciones, pasó revista á su ejército y se encontró con que constaba, despues de dejar la suficiente guarnición en Vera-Cruz, de mil infantes y cien caballos.

Envió mensajeros que fuesen preparándole provisiones por todo el camino, y haciendo con la mayor precipitación posible aquel viaje, recogiendo á su paso por Tlascala una hueste auxiliar de dos mil tascaltecas, llegó á Méjico el día de San Juan.

Apenas entró en la ciudad se encontró las huellas de la lucha que había debido sostenerse, sorprendiéndole en gran manera que el enemigo se hubiese retirado á su aproximación.

La causa del rompimiento difiere bastante, según varios historiadores, á quienes hemos consultado.

Mientras unos dicen que la provocó la licencia de los soldados y su rapacidad, puesto que en un gran baile ó fiesta popular en que se reunieron la mayor parte de las jóvenes mejicanas, adornadas con sus mejores joyas, se lanzaron sobre ellas, arrebatándoles los anillos y demás prendas de valor que llevaban, otros suponen que fue á consecuencia de haber tenido Alvarado de una conspiración trazada contra ellos, conspiración que debía estallar despues de la fiesta mencionada, á favor de la cual podría reunirse el pueblo, al cual se le diría entonces de lo que se trataba.

Para evitar esto, no se le ocurrió á Alvarado otro medio que ata-

car á los nobles al principiar la fiesta sin darles tiempo á realizar su propósito.

Así lo hizo, seguido de cincuenta soldados, y fácilmente logró desordenarlos y vencerles sin que pudiera impedir que la soldadesca arrebatase de los muertos y heridos cuantas alhajas llevaban y cometiendo además la imprudencia de no participar al pueblo las razones que tuvo para obrar de aquel modo.

Este silencio irritó á la multitud; á ella recurrieron pidiendo venganza los nobles, y dieron comienzo las hostilidades, viéndose precisado Alvarado á permanecer á la defensiva, no pudiendo hacer nada en su obsequio el mismo Motezuma, cuya influencia estaba muy quebrantada ya entre los suyos.

Por esta razón, sin duda, había permanecido en el cuartel de los españoles, y por esto es presumible que estuviese de parte de ellos durante aquellos días, puesto que de ellos solo podía esperar alguna ayuda.

Las ambiciones particulares de varios individuos habíanse aprovechado de la situación de Motezuma para irse haciendo partido, y este comprendía perfectamente que su autoridad había sufrido tal quebranto, que le era necesario el auxilio de los españoles.

Al día siguiente, á la llegada de Cortés, atacaron furiosamente los mejicanos una descubierta que enviara el jefe á reconocer las calles inmediatas, y desde entonces dió comienzo una serie de combates, durante los cuales se encontraron mas de una vez en grave aprieto los españoles.

Los mejicanos eran numerosos y peleaban con un valor y un desprecio á la muerte extraordinarios, advirtiéndose en ellos alguna estrategia merced á la cual se defendían y atacaban con alguna ventaja.

Sin embargo, la victoria quedó constantemente por los españoles, aun cuando la situación de estos no era ni podía ser por ningún estilo, todo lo satisfactorio que de tan repetidos triunfos tendría derecho á esperarse.

Y la razón es obvia: los mejicanos podían cubrir con facilidad las bajas que experimentaban; á cada paso llegaban tropas de refresco que entraban en la lucha, mientras descansaban los que combatieran el día anterior, y en sus apretadas filas, apenas se advertían los claros que causaban los disparos de las armas de fuego de los españoles.

En cambio estos no podían descansar; los mismos que habían estado combatiendo hoy, habían de permanecer en continua vigilancia durante la noche y aperebirse para combatir mañana, y el que sucumbía en la lucha no tenia quien le reemplazase.

De aquí que al prolongarse de una manera indefinida semejante estado de cosas, Cortés concluyera por verse en una situación muy crítica, no tanto por las pérdidas que el enemigo pudiera causarle, cuanto por la fatiga y el cansancio que se habían de apoderar de su hueste.

Durante estos combates hicieron prodigios de valor por parte de los españoles, viéndose Cortés en algunos momentos en muy grave riesgo por haberse dejado llevar de su ardimiento.

No se oscurecía á este que no le era posible sostenerse en Méjico, dada la situación de los ánimos y la escasez de fuerzas con que contaba, mas no por ello trataba de renunciar á su empresa, sino de aplazarla para cuando pudiera reunir mayores elementos.

Motezuma á su vez, que había visto capitaneando las turbas que atacaban el cuartel de los españoles á varios de los príncipes que aspiraban al imperio, comprendió que era necesario, si no quería poner en grave riesgo su corona, terminar aquel estado, y para conseguirlo, habló con Cortés, suplicándole se alejase de la capital, pues él cuidaría de castigar á los rebeldes.

Cortés accedió, pero á condición de que estos depusieran las armas antes de su partida, á lo cual asintió el Emperador, mas precisamente en los momentos en que ambos platicaban sobre esto, los mejicanos con récio empuje y con numerosas fuerzas intentaron un nuevo asalto al cuartel.

Cortés acudió inmediatamente al peligro, siendo tal la furia y tan grande el número de los enemigos, que hubo momentos en que llegaron á penetrar en el recinto del cuartel.

Motezuma que presenciara esto, y viendo el conflicto en que se hallaba el español, ofrecióse á servir de intermediario para con su pueblo y los españoles; vistiendo su traje de ceremonia, adornado con sus mejores joyas, presentóse en el terrado del edificio, no sin abrigar algún recelo respecto á las disposiciones de sus vasallos.

Al verle detuviéronse todos, y el Emperador les ordenó que depusieran las armas para obtener su perdón: que los españoles estaban dispuestos á marcharse, pero que para esto era necesario que diesen ellos ejemplo de sumisión primeramente.

Durante un breve espacio el asombro dejó muda á la multitud que esperaba escuchar de los labios de su dueño las frases irritadas y las amenazas de otras veces; menosprecióle al juzgarle tan humillado, escitaronla, sin duda, los que en ello tenían interés, empezaron por los insultos y terminaron por arrojarle flechas y piedras, de las cuales alcanzáronle algunas, hiriéndole tan gravemente, que falleció á los tres días, en 30 de junio de 1520.



FAMOSA BATALLA DE OTUMBA.

CAPITULO XLII.

Vuelven los mejicanos á romper las hostilidades.—Eligen nuevo emperador.—Cortés decide abandonar á Méjico.—Terrible combate nocturno en las lagunas, conocido en la historia con la denominacion de Noche triste.—Padecimientos del ejército.—Famosa batalla de Otumba.

PROFUNDA impresion produjo entre los mejicanos la muerte de Motezuma, no siendo menor el contratiempo que experimentaron los españoles, puesto que la vida del Emperador era una salvaguardia, aunque ya muy débil, para ellos.

Durante algunos dias no atacaron aquellos á nuestros soldados, entretenidos con la eleccion del nuevo emperador, que recayó en Quetlabaca, rey que era ya de Ictacpalapa; mas hecho esto y tan luego hubieron cumplido con las ceremonias del entierro de Motezuma, tornaron con mayor violencia á hostilizar á sus enemigos.

Al enviar Cortés, á los mejicanos el cuerpo del Emperador, por medio de los ministros que le acompañaron, hizo proposiciones de paz que aquellos desecharon, ansiando solamente exterminar á aquel puñado de valientes que habian tenido la osadía de llegar hasta el corazon de sus estados, de lo cual fue buena prueba un furioso ataque que inmediatamente dieron contra las posiciones de los españoles, á quienes pusieron en grave aprieto.

Cortés aun cuando herido en un brazo, lanzóse inmediatamente á la pelea, consiguiendo al fin, despues de penosos esfuerzos y de perder algunos soldados, hacer retroceder á sus enemigos.

Pero aquella situacion no podia prolongarse. Mientras la muchedumbre mejicana se renovaba sin cesar, y el lugar de los que caian muertos ó heridos se cubria inmediatamente por los que acudian de todas partes acudillados por los caciques, los españoles no solamente no recibian refuerzos, sino que no conservaban reservas suficientes para cubrir las bajas que experimentaban.

Así fue que comenzó á germinar ya en la mente de Cortés la idea de abandonar la ciudad, retroceder hasta las provincias que le eran amigas, reorganizar su ejército auxiliar, ver si entre tanto recibia los refuerzos que esperaba y tornar nuevamente á Méjico, pues no pensó ni un solo momento en renunciar á su empresa.

Los mejicanos á su vez, para evitar la mortandad que sufrían, y al mismo tiempo conseguir su objeto respecto á la destruccion de los españoles, pensaron sitiarles por hambre, entreteniéndoles durante algunos dias con mentidas negociaciones de paz.

Entabláronse estas, pero los españoles llegaron á entender el proyecto de sus contrarios, al ver que establecian, aun cuando á grande distancia del cuartel, una línea completa de bloqueo, y que estaban rompiendo los puentes y embarazando los caminos que podian conducirles fuera de la ciudad con toda clase de obstáculos.

En su consecuencia y de acuerdo Cortés con sus capitanes, decidió salir de Méjico aquella misma noche, adoptando todas las precauciones necesarias para impedir que los enemigos se apercebieran de su proyecto.

Los españoles conservaban todavia en su poder á los hijos de Motezuma y otros personajes importantes de la corte, los que ordenó que siguiesen la marcha del ejército.

Del tesoro que habia adquirido, hizo que se separase el quinto que pertenecia al Monarca, abandonando el resto, que segun dicen los historiadores, se elevaba á la suma de 700,000 pesos para que no le estorbases en su marcha, aun cuando dejó á sus soldados que prudentemente tomasen lo que quisiesen.

Poco antes de media noche pusieron en camino los exploradores y la vanguardia, sin que durante un buen espacio, encontrasen nada que llamase su atencion.

La oscuridad y la lluvia favorecia la marcha de los españoles, que tendieron el puente que preparado tenían para pasar el primer canal, mas apenas hubo cruzado una tercera parte del ejército, arrojáronse sobre él los mejicanos en número considerable.

Con una perspicacia extraordinaria, con un silencio sepulcral, con una vigilancia y una astucia superiores á lo que de ellos podia esperarse, estuvieron vigilando á los españoles, y cuando les vieron mas comprometidos y en lo mas difícil de su camino, arrojáronse sobre ellos por la parte de tierra, mientras que el lago aparecia lleno de canoas.

Terrible era la situacion de Cortés; pero su ánimo no decayó un momento, dando las órdenes convenientes para salvar la mayor parte de sus soldados.

Horrible fue la mortandad que los españoles hicieron en sus contrarios, bastando para comprenderlo, que segun los historiadores que tenemos á la vista, con los cadáveres de los mejicanos, se cubrió el hueco de uno de los canales, en términos que pudieron servir de puente humano á los fugitivos.

Estos tuvieron pérdidas de gran consideracion, pues ya hemos dicho que una parte del ejército quedó cortada por completo, cebándose en ella con encarnizamiento la muchedumbre mejicana.

Perdió tambien Cortés toda su artillería, que hizo arrojar al canal para evitarse nuevos impedimentos, y sobre todo, lo que mas debió desespearle en aquellas largas horas de amargura, fue el no poder acudir al socorro de sus compañeros.

Fue mucho —dice Solís— «lo que obró su valor en este conflicto; pero mucho mas lo que padeció su espíritu, porque le traía «el aire á los oídos, envueltas en el horror de la oscuridad, las voces de los españoles que llamaban á Dios en el último trance de «la vida: cuyos lamentos, confusamente mezclados con los gritos

«y amenazas de los indios, le traía al corazon otra batalla entre los «incentivos de la ira y los efectos de la piedad (1).»

Por fin, con la primera luz del día pudieron los españoles ganar la tierra firme en las cercanías de Tacuba, pudiendo respirar algun tanto la fatigada hueste, gracias á que los enemigos, al encontrar entre los cadáveres á los hijos de Motezuma que llevaba Cortés prisioneros, y que en el ardor de la refriega y en la oscuridad de la noche fueron muertos por sus mismos compatriotas, quedáronse suspensos y acojados y entretuviéronse en celebrar sus funerales.

Terrible habia sido aquella noche para el valiente caudillo extremeño, quedándole el dictado de *Noche triste* porque, efectivamente, grande y dolorosa tristeza debia experimentar el que veia morir á sus soldados sin poderles prestar ayuda, el que veia desaparecer para siempre á sus mejores capitanes cuando mas necesarios le eran, el que tenia que sacrificar su artillería, aquella arma que tanto valor tenia para las gentes ante quienes se hallaba, y finalmente, el que tenia que huir ante un enemigo á quien tantas veces habia vencido.

Además Cortés debia temer que aquellas provincias, que tan amigas se le mostraran al verle vencedor por do quiera, tornáranse contrarias al verle derrotado, y en este caso, ¿cuál iba á ser su suerte en medio de un país completamente hostil y con el ejército destruido?

Sin embargo, no se abatió ante tan gran contratiempo; habia perdido en aquella memorable noche doscientos españoles, mas de mil tlascaltecas, todos los prisioneros mejicanos, cuarenta y seis caballos y la artillería; mas á pesar de esto, despues de llorar á los muertos, como quiera que era necesario pensar en los vivos, decidióse á organizar aquellos valientes restos y á prevenirse para el probable caso de ser acometido.

Y lo fue efectivamente. Los mejicanos, mientras se entretenian en los funerales de los hijos de Motezuma, dieron orden á los indios de las poblaciones ó de las comarcas que el ejército contrario habia de recorrer para llegar á Tlascalca, de que le fueran hostilizando sin cesar.

Cumplieron estos su mision, y durante seis dias, los españoles hubieron de sufrir, además de las molestias consiguientes á la falta de víveres y de agua, la de estar en constante é infructuosa lucha, toda vez que el enemigo no desmayaba á pesar de las pérdidas que sufría.

Pero todos estos riesgos, todos estos ataques eran nada comparados con los que les aguardaban en el valle de Otumba.

Conforme iban aproximándose á él, por algunas mal encubiertas amenazas de los indios, y por su mal disimulada alegría, comprendieron los españoles que se les tendia algun lazo, y bien presto adquirieron la evidencia.

Al traspasar la sierra que daba paso al valle, encontraron á todo el ejército mejicano, que con la rapidez que le caracterizaba, y merced al conocimiento que del terreno tenia, se le habia adelantado y le esperaba en el valle, en masas tan numerosas, que hay historiadores que afirman llegaban los mejicanos á la enorme cifra de doscientos mil.

Cortés ordenó sus tropas cual convenia, y lanzóse seguido de ellas á la pelea.

Si récio fue el ataque de los españoles y tlascaltecas, no lo fue menos la resistencia que opuso aquella muchedumbre compacta, que apenas dejaba hueco alguno por donde pudiese penetrar el enemigo.

Largo tiempo llevaban ya de pelear unos y otros con empeño, cuando felizmente para Cortés recordó una circunstancia á la cual debió la victoria.

Confiados en su triunfo y para mas enardecerse, los mejicanos, habian llevado á esta empresa el estandarte real, cuya pérdida podia implicar, para ellos, la de la batalla.

Cortés recordó esto, que habia oido decir varias veces, y reuniendo á varios de sus mejores capitanes, expúoles su proyecto, y al frente de ellos arrojóse lanza en ristre, hacía el lugar en que el general mejicano, sentado sobre unas andas de gran lujo, sostenia el estandarte real.

Nada es capaz de contener el empuje de los valientes guerreros que consiguen acercarse al codiciado objeto. De un bote de lanza derriba Cortés de las andas al general mejicano, y un soldado, llamado Juan de Salamanca, arrebató con la vida del que todavia le empuñaba, la codiciada insignia y la entrega á su jefe.

La consternacion y el espanto se apoderan entonces de los mejicanos, que arrojan las armas por todas partes y se declaran en vergonzosa huida. Acométenles con mayor empuje los españoles, haciendo en ellos espantosa carnicería, y la victoria queda por estos.

Considerable fue el botín que alcanzaron en la victoria del valle de Otumba, botín y victoria conseguidos con escasas pérdidas, pues solo dos ó tres españoles fallecieron á consecuencia de las heridas, si bien recibió Cortés una pedrada en la cabeza, de la cual, por falta de oportuno cuidado, tuvo mas tarde en Tlascalca en grave riesgo la vida.

(1) Solís. Conquista de Méjico, cap. XVIII.



ENTRADA TRIUNFAL DE LOS ESPAÑOLES EN TLASCALCA